

〈特集：キューバ革命50周年／日本キューバ国交樹立80周年記念〉

La Revolución Cubana y su influencia en las izquierdas latinoamericanas y caribeñas¹⁾

Carlos Alzugaray Treto²⁾

El 27 de julio de 1960, en el Senado de la República de Chile, resonaron las siguientes frases precursoras:

“Rendimos homenaje a las milicias inmoladas hace siete años en el asalto al cuartel Moncada y lo hacemos expresando que los sectores populares de Chile, la inmensa mayoría del pueblo siente, comparte y vive los ideales de la revolución cubana. Tal hecho no puede ser extraño para nadie porque en la conciencia del pueblo chileno existe la inmensa y profunda convicción de que América Latina está viviendo uno de los minutos más trascendentales de su historia; que las revoluciones mexicana y boliviana señalaron ya una etapa, y que la cubana marca con caracteres imborrables un proceso de superación al dar sólidos pasos hacia la plena independencia económica y señalar, con su lucha, el camino que han de seguir los pueblos latinoamericanos para afianzar y acelerar la evolución política, económica y social que los lleve a ser auténtica y definitivamente libres.”

Así habló aquella fría tarde del invierno austral Salvador Allende Gossens. A principios de la década de 1960 era sumamente arriesgado hacer un pronóstico semejante. A ojos vista, pocos antecedentes históricos permitían conjeturar que la Revolución Cubana, que ya comenzaba a ser objeto del acoso implacable del imperialismo estadounidense podría sobrevivir y aún menos tener la influencia que ha alcanzado hoy en día.

La conferencia que con placer presento hoy en este seminario sobre el 50 Aniversario de la Revolución Cubana en el Instituto de Estudios sobre América Latina de Kioto, se propone exponer algunos rasgos característicos de este fenómeno.

Hablar en detalle de los antecedentes y pormenores de este proceso sería demasiado extenso. Pero debe señalarse que hasta la Revolución Cubana las izquierdas latinoamericanas y caribeñas habían cosechado más fracasos que éxitos. Entre estos últimos descollaba la Revolución Mexicana. Entre los primeros pudieran mencionarse las Revoluciones boliviana y guatemalteca; mediatizada la primera, acosada y destruida la segunda.

A pesar de ello, en vísperas de la Revolución, en los países de América Latina y el Caribe prevalecían condiciones favorables a substanciales transformaciones. La pobreza, la desigualdad, la falta de derechos sociales, la precaria educación, la ausencia de adecuada

atención sanitaria, todo ello con una mayoría gobiernos autoritarios y corruptos favorables a los intereses oligárquicos, eran rasgos por lo general comunes a todos los Estados de la región.

La Revolución Cubana fue mucho más que un movimiento para derrocar una dictadura pro norteamericana sangrienta. Bástenos recordar que en el juicio seguido contra Fidel Castro por los acontecimientos del Moncada, el propio líder de la Revolución explicó los propósitos de los que lo acompañaron, agrupados dentro de lo que en Cuba se llamó la generación del Centenario en saludo al nacimiento de José Martí en 1853:

1. Rescate de la soberanía nacional.
2. Establecimiento de un régimen de justicia social.
3. Formación de un gobierno honesto y efectivo.
4. Corrección de los males de una economía subdesarrollada y dependiente.

En lo que respecta a las relaciones con América Latina y el Caribe, el propio Fidel Castro sentenció en aquel documento titulado *La Historia me Absolverá* que una vez en el poder su Gobierno adoptaría una política hacia la región que “sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del continente y que los perseguidos políticos de las sangrientas tiranías que oprimen a naciones hermanas, encontrarían en la patria de Martí, no como hoy, persecución, hambre y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan. *Cuba debía ser baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo.*”

Así, los propósitos enunciados por Fidel Castro coincidían con las reivindicaciones de la mayor parte de las fuerzas de izquierda, progresistas, populares y radicales de América Latina y el Caribe.

Ya en el primer viaje al exterior de Fidel Castro, quien visitó Caracas el 23 de enero de 1959 para el aniversario del derrocamiento del dictador Pérez Jiménez un año antes, el estallido popular de apoyo y aclamación fueron incontenibles. Y así fue durante todo ese año, ya fuera hablando a jóvenes hispanos en el Parque Central de Nueva York o a los estudiantes norteamericanos en el célebre Harvard Yard de Cambridge, o ante diplomáticos y economistas en la reunión del Consejo Interamericano Económico y Social en Buenos Aires.

Emir Sader, Secretario Ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), se ha referido a este fenómeno en los siguientes términos: “La Revolución Cubana tuvo una influencia mayor sobre América Latina que la Revolución Rusa sobre Europa, en su tiempo, porque las condiciones históricas de la Rusia zarista eran muy diferentes de las de la región occidental del continente, en cuanto en América Latina, a pesar de las diferencias entre la Cuba pre revolucionaria y los otros países, éstas eran menores y permitían más comparaciones que en el caso europeo.”

El propio Vicepresidente de Estados Unidos, Richard M. Nixon, después de entrevistarse con Fidel Castro en abril de 1959, había informado al Presidente Eisenhower: “Cualquiera que sea nuestra opinión sobre él (Fidel Castro), va a ser un factor muy

importante en el desarrollo de Cuba y muy posiblemente en los asuntos latinoamericanos en general.”

La influencia de la Revolución Cubana sobre las izquierdas latinoamericanas y caribeñas no puede analizarse independientemente de la evolución del conflicto con Estados Unidos, que se empeñó en derrocar al Gobierno Revolucionario antes de que el ejemplo de Cuba pudiera calar en la región. Ello influyó en que el destino de la Revolución Cubana y el de las izquierdas populares latinoamericanas y caribeñas se fundieran en uno sólo.

Por otra parte, la gran expectativa que se abría para las izquierdas latinoamericanas y caribeñas con la Revolución Cubana era la de comprobar si era posible llevar a cabo un proceso como el propuesto en las propias narices del imperialismo estadounidense.

La politóloga chilena Marta Harnecker ha definido el atractivo de la Revolución Cubana para las izquierdas latinoamericanas al momento de su triunfo: “Pero no sólo atrae, sino que constituye un gran aliento para las luchas populares porque rompe con dos tipos de fatalismo muy difundidos en la izquierda latinoamericana: uno geográfico y otro de estrategia militar.” Se refería a la presencia en el Hemisferio Occidental de una superpotencia mundial como Estados Unidos y al apoyo mutuo entre ese Estado y los militares derechistas latinoamericanos y caribeños, principales instrumentos de dominación de las oligarquías nacionales.

La influencia de la Revolución Cubana en América Latina y el Caribe hasta nuestros días está determinada por una serie de aspectos que pueden generalizarse en lo siguiente:

1. El radicalismo de las soluciones dadas a los problemas comunes.
2. La originalidad e independencia de su trayectoria.
3. Su capacidad de resistencia y persistencia.
4. La solidaridad con las fuerzas progresistas de izquierda, con los movimientos populares y con los propios pueblos.
5. El realismo y el pragmatismo de sus relaciones con gobiernos y fuerzas políticas de centro y de centro izquierda.
6. La influencia socio-cultural gracias al estímulo y fortalecimiento de lazos con la intelectualidad de la región.

El primero período de esta influencia transcurrió entre 1959 a 1967. Esta es una etapa de marcado radicalismo y de profundas realizaciones sociales. Reforma Agraria, Reforma Urbana, Campaña de Alfabetización, universalización y nacionalización de los servicios de educación y salud, expropiación de las grandes empresas nacionales y extranjeras, establecimiento de un gobierno austero y honesto, derrocamiento total de la oligarquía. Todo ello condujo a un socialismo radical que rompió esquemas, que se distanció de la Unión Soviética y del socialismo europeo. Se crearon dos instituciones culturales que tendrían gran influencia en América Latina y el Caribe, la Casa de las Américas y el Instituto Cubano del Arte y la Industria Cinematográficas (ICAIC). Se

inició la publicación de la revista *Pensamiento Crítico*, de inusitada ascendencia en las izquierdas latinoamericanas y caribeñas por su frescura y falta de dogmatismo. También se creó la agencia de noticias Prensa Latina, con el objetivo de romper el monopolio de los medios de comunicación estadounidenses en la región. Como relata Gerald Martin en su recién publicado biografía de Gabriel García Márquez, se puso al frente de esa agencia al argentino Jorge Ricardo Massetti quien se dedicó a buscar colaboradores entre lo más distinguido de la intelectualidad de izquierda, uno de ellos el autor de *Cien Años de Soledad*.

En esta etapa, el conflicto entre Cuba y Estados Unidos adquirió su carácter más agudo, sucediéndose una detrás de otra, la invasión de Bahía de Cochinos (Victoria de Playa Girón para los cubanos) en abril de 1961 y la Crisis de Octubre en 1962. Se implantó el bloqueo económico, comercial y financiero contra Cuba. En la medida en que Estados Unidos se fue empantanando en Vietnam después de 1965, la inicial presión militar disminuyó, después de estar a punto de provocar un holocausto nuclear.

Como parte de la estrategia de Washington se intentó el aislamiento diplomático y económico que no tuvo éxito con aliados europeos ni con Canadá, pero fue casi totalmente efectivo en el continente. La diplomacia cubana desplegó su esfuerzo por evitar el aislamiento de los gobiernos de la región, los cuales se vieron enfrentados a dos riesgos. Por un lado las presiones norteamericanas para que rompieran relaciones con Cuba, por el otro el rechazo popular que favorecía una relación más estrecha con la Isla caribeña. Aunque la respuesta inicial de Washington bajo John F. Kennedy fue la adopción del programa reformista de la Alianza para el Progreso, después del ascenso de Lyndon Johnson se volvió a aplicar una línea de mano dura mediante la promoción de golpes de estado militares. Para 1964 todos los gobiernos, menos el de México, habían roto con Cuba y colaboraban con Washington en lograr el derrocamiento de la Revolución.

Pero la coyuntura internacional favoreció a Cuba, la que pudo contar con el apoyo de la Unión Soviética y el campo socialista y encontró un importante campo de acción en el naciente Tercer Mundo. La Isla se incorporó al Movimiento de Países No Alineados fundado en 1961, lo que, unido a los primeros pasos de solidaridad internacionalista en Argelia, el Congo, Vietnam y otros países afroasiáticos, le permitieron establecer y fortalecer su influencia internacional. Como ha señalado Samir Amín:

“Desde el principio, Cuba adoptó una línea de pensamiento y acción antiimperialista e internacionalista consecuente, y ha sido el único país de América Latina que midió la importancia del frente de liberación que inauguró Bandung (1955) y el consecuente Movimiento de Países No Alineados, Movimiento que se constituyó con Asia y África, más Cuba, como se proclamaba”.

Como era lógico suponer, muchos movimientos de izquierda en América

Latina y el Caribe trataron de emular al Ejército Rebelde. Se crearon o extendieron movimientos guerrilleros rurales a Venezuela, Guatemala, Perú, Colombia y Nicaragua. Lamentablemente, la Unión Soviética y los partidos comunistas de la región se opusieron a esta táctica y cooperaron muy poco con estos movimientos, aunque ésta no fue la causa principal de sus fracasos. La caída del Che Guevara en Bolivia y la destrucción de su movimiento guerrillero pusieron fin a este período. Pero no por ello la influencia de la Revolución disminuyó. La heroicidad y desprendimiento del Che y el esfuerzo por fomentar un pensamiento de izquierdas radical y emancipador, que tuvo en él su máximo exponente, sembraron la simiente de pasos futuros. Al calor de estas iniciativas, se creó en 1965 la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), de gran influencia en la izquierda.

En el plano intelectual y teórico, la influencia de la Revolución Cubana en esta etapa no fue menos importante. Tres de sus rasgos característicos son importantes en este sentido: originalidad, radicalidad, perseverancia. La mayoría de los intelectuales de izquierda se vieron obligados a repensar la teoría social latinoamericana. Se comenzó a romper la subordinación a modelos europeos y estadounidenses, como ha señalado el ecuatoriano Agustín Cuevas, que considera ésta “la época de oro de nuestras ciencias sociales, que por primera vez dejan de ser una mera caja de resonancia de lo que se piensa en Europa o Estados Unidos”. De esta época data el surgimiento de la “teoría de la dependencia”, expuesta por primera vez por Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto en 1967 la que, según el propio Emanuel Wallerstein, es uno de los fundamentos teóricos de su teoría sobre el sistema mundo.

El segundo ciclo se produjo entre 1967 y 1973. Éste fue un período mixto que se inició con varios fracasos económicos, algunos estratégicos (como la ofensiva revolucionaria de 1968) y otros inmediatos como el Cordón de la Habana y la Zafra de los 10 Millones. Ello obligó a Cuba a un rediseño radical de toda su política económica y a un acercamiento a la URSS. Este paso se facilitó porque Moscú necesitaba el apoyo cubano ante las graves diferencias con China, las reprobaciones a la URSS por los acontecimientos de Checoslovaquia en 1968, y la grave situación creada en Vietnam por la escalada belicista de la Administración de Johnson y la resistencia de ese pueblo.

La URSS, que había anunciado la reducción de sus entregas de petróleo en 1968, decidió acercarse a la Isla y ofreció importantes acuerdos comerciales y económicos y el ingreso en el Consejo de Ayuda Mutua Económica. El fortalecimiento de las relaciones con los países socialistas europeos repercutió de manera favorable en lo económico pero tuvo consecuencias no buscadas en lo cultural. Sectores partidarios de la ortodoxia pro-soviética asumieron la dirección de varias instituciones restringiendo la libertad de creación. Ello no afectó sustancialmente a Casa de las Américas y el ICAIC pero sí provocó el cierre de revista *Pensamiento Crítico*. Los partidos comunistas latinoamericanos y caribeños, que se habían alejado de la Revolución Cubana, retomaron sus relaciones con ella. La Habana fue

sede de distintas reuniones internacionales.

También en el plano externo, la posición de Cuba se siguió fortaleciendo por el incremento de los vínculos con el Tercer Mundo. El punto culminante de este proceso fue la participación de Fidel Castro en la IV Cumbre del Movimiento de Países No Alineados en Argel en 1973, a la cual también asistieron por primera vez otros gobiernos latinoamericanos y caribeños, como los de Argentina, Perú y Panamá.

A la coyuntura emergente se añadieron varios factores novedosos en la región. Uno fue el surgimiento de gobiernos militares nacionalistas en Perú, Panamá y Bolivia. Otro resultó ser el triunfo por la vía electoral del Gobierno encabezado por Salvador Allende en Chile en 1970. Se percibía una paulatina erosión del poder norteamericano a nivel global, resultante de dos crisis, una externa (el empantanamiento e incapacidad de salir victorioso en Vietnam) y otra interna (el auge del movimiento antibelicista y la creciente crisis de Watergate).

La nueva situación que se fue a partir de la actitud positiva de los gobiernos militares de Perú y Panamá, permitieron al Gobierno Revolucionario dar los primeros pasos de colaboración internacionalista solidaria en la región. Fue precisamente en respuesta a un terremoto que tuvo lugar en el país andino que se envió la primera brigada médica cubana a un país del continente, como ya se había hecho en Argelia en la década de 1960.

Un hecho de singular importancia fortaleció a las izquierdas en la región fue el surgimiento de la Teología de la Liberación, que la mayor parte de sus protagonistas y muchos de sus observadores sitúan en la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín, Colombia, en 1968. Esta corriente de pensamiento implicó que un sector de la Iglesia Católica en el Hemisferio se vinculó a los movimientos emancipadores afines al ejemplo de la Revolución Cubana. Frei Betto, ha narrado recientemente la influencia que tuvo en su formación política la relación con Cuba y es el autor de la conocida entrevista a Fidel Castro titulada *Fidel y la Religión*, publicada por primera vez en 1988.

La supervivencia del Gobierno Revolucionario a pesar de toda la hostilidad de Washington, unido al decidido paso del Gobierno chileno de restablecer relaciones con la Habana y a las relaciones extraoficiales con los gobiernos de Panamá y Perú, pusieron en la agenda regional el tema de la normalización de relaciones entre Cuba y los gobiernos latinoamericanos que habían roto cumpliendo el acuerdo de la OEA de 1964, que tuvo un impulso al final del período cuando los países recién independizados del Caribe, decidieron establecer relaciones diplomáticas plenas con Cuba, a pesar de ingresar en la OEA, y Argentina las restableció al iniciarse el retorno peronista en 1973.

No obstante, en la región prevalecían más gobiernos militares pro norteamericanos de derecha que nacionalistas de izquierda y en varios países clave – Argentina, Brasil y Uruguay – surgieron movimientos guerrilleros urbanos que contaron con todo el apoyo cubano.

La etapa que va entre el derrocamiento de Allende en Chile en 1973 y el triunfo de las revoluciones sandinista en Nicaragua y de la Nueva Joya en Granada en 1979 resultó compleja y contradictoria. Internacionalmente fue una etapa de profundas crisis para Estados Unidos en que se combinaron en la derrota definitiva en Vietnam, la renuncia del Presidente Nixon por el llamado “caso Watergate”, y la crisis petrolera. La Administración de Carter inició en 1977 un proceso de acercamiento y normalización incipiente con Cuba.

La situación interna cubana estuvo marcada por la estabilidad económica que le ofreció la colaboración con la URSS y el campo socialista europeo, además de favorables precios en el mercado internacional azucarero. En el plano interno los hechos más importantes resultaron ser la celebración del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba y la discusión y aprobación de la Constitución de 1976. Pero fueron también los años que la intelectualidad cubana ha bautizado con el nombre de “quinquenio gris”, por los intentos de la burocracia de implantar en la Isla políticas culturales similares a las de la URSS. No obstante, las relaciones con la intelectualidad latinoamericana y caribeña continuaron a través de Casa de las Américas y el ICAIC. En 1979, se celebró el I Festival del Nuevo Cine Latinoamericano que se ha convertido hasta nuestros días en una de las citas artísticas, culturales e intelectuales más importantes del continente.

En este período tropas cubanas ayudaron a proteger la independencia de Angola contra la agresión sudafricana y la integridad territorial de Etiopía frente al ataque de Somalia. Aumentó así el prestigio internacional de Cuba y particularmente en los países recién independizados del Caribe que se sentían vinculados a sus hermanos africanos. Paulatinamente comenzaron a restablecerse las relaciones diplomáticas con los gobiernos del hemisferio sobre todo a partir de 1975 en que la OEA dejó sin efecto los acuerdos de 1964. La Habana se preparó diplomáticamente para ser sede de la VI Cumbre del Movimiento no Alineado en 1979.

No se puede subestimar la importancia del paso dado en 1975 en la conferencia de la OEA en Quito. La normalización de relaciones diplomáticas con Cuba era una importante reivindicación de las izquierdas latinoamericanas. A partir de estos pasos los gobiernos latinoamericanos y caribeños tuvieron que despenalizar los vínculos de los movimientos populares y radicales y sus activistas con sus contrapartes cubanas. Por otra parte, la presencia de funcionarios diplomáticos de la Isla en las capitales de países latinoamericanos y caribeños fortalecía a los grupos de izquierda.

El período estuvo marcado por la formación de una coalición de dictaduras castrenses en el Cono Sur que se caracterizaron por su carácter fascista y terrorista, que pusieron en práctica lo que denominaron Plan Cóndor que coordinaba todas las acciones de represión contra los movimientos progresistas y de izquierdas. A las dictaduras ya existentes en Brasil desde 1964 y Bolivia en 1971, se sumaron los regímenes de los militares uruguayos y de Pinochet en Chile en 1973 y el retorno al poder de los argentinos por el golpe de 1976. El derrocamiento de Allende y la entronización de la tiranía pinochetista estuvieron

acompañados por la implantación de un modelo económico y político neoliberal. Debe consignarse que fueron tiempos turbulentos en los que, mientras las izquierdas de Sudamérica sufrían los embates de esta ofensiva castrense ultraderechista y terrorista, Centroamérica y el Caribe transitaban por momentos de auge revolucionario, bajo el influjo de la Revolución Cubana.

La siguiente década, entre 1979 y 1989, fue sumamente compleja. Ante el triunfo de las fuerzas progresistas radicales de izquierda en Nicaragua y Granada, y la consiguiente activación de los movimientos emancipadores en El Salvador y Guatemala, el imperialismo estadounidense, encabezado por el movimiento conservador cuya cabeza visible fue el Presidente Ronald Reagan, lanzó una contraofensiva general ya prefigurada en el llamado Documento de Santa Fe que pretendía la recuperación de la iniciativa en el Hemisferio y una embestida en toda la línea a las fuerzas políticas de izquierdas. Se promovió la *Caribbean Basin Initiative (CBI)* y se apoyó decididamente a las “dictaduras de seguridad nacional” en el Cono Sur.

La ofensiva estadounidense no se limitó al campo político. En el campo económico, siguiendo el ejemplo del modelo implantado por Pinochet en Chile, se inició la campaña por imponer el Consenso de Washington, un proyecto de políticas económicas neoliberales que tuvieron éxito al promover la privatización de las empresas públicas y el debilitamiento del movimiento obrero. El “diluvio neoliberal” fue facilitado por la crisis de la deuda externa que afectó a toda la región a mediados de la década de 1980.

La Presidencia de Reagan, al diseñar su política exterior, priorizó revertir lo que se percibían como derrotas sufridas a manos de la URSS y sus aliados en otras regiones del mundo por la debilidad de la Administración de Carter. La Revolución iraní y la invasión soviética de Afganistán eran los colofones de una década que vio también el triunfo de las armas cubanas y angolanas con el apoyo soviético en África Sudoccidental, la firma de los Tratados Torrijos Carter para la devolución del Canal de Panamá y las negociaciones de Camp David, acontecimientos que, para los neoconservadores, prefiguraban un retroceso causado fundamentalmente por falta de firmeza. Para Reagan y sus colaboradores era necesario dar un golpe rápido en alguna región del mundo donde la correlación de fuerzas favoreciera a Estados Unidos y esa oportunidad se presentó en 1983 en Granada, invadida por tropas estadounidenses.

Hay que decir que la Administración Reagan fue exitosa tanto en su objetivo estratégico de enfrentamiento con la Unión Soviética como en el más inmediato de detener y revertir lo que parecía una nueva ola revolucionaria percibida como de clara matriz cubana. Para 1989 el Gobierno sandinista estaba en jaque, abrumado por la guerra sucia y las dificultades económicas. Poco después, perdió las elecciones de 1990. Se habían evitado “nuevas Cubas”. Pero lo que no logró Reagan, como tampoco alcanzaría su inmediato sucesor, George W.H. Bush, era derrotar definitivamente a la Revolución Cubana que, una vez más, demostró su tenacidad e intransigencia.

Nuevamente, por primera vez desde 1962, el peligro de una agresión militar directa de Estados Unidos se hizo patente, sobre todo cuando el Secretario de Estado, Alexander Haig, amenazó con “ir a las fuentes” de los procesos revolucionarios centroamericanos. El Gobierno Revolucionario hizo reajustes en su estrategia militar anunciando la adopción de la “Estrategia de Guerra de todo el Pueblo”, que tuvo un perfil claramente disuasivo. Pero sobre Cuba se perfilaban otros riesgos. Su economía fue golpeada por la crisis de la deuda y la baja en los precios del azúcar y a medida que avanzaba la década se fue haciendo evidente que las transformaciones que tenían lugar en la Unión Soviética bajo el rótulo de la “perestroika” conducirían a irremediables cambios en la política exterior de esa gran potencia que poco a poco fue abandonando el internacionalismo, del que tanto se había beneficiado Cuba. Las dificultades enfrentadas condujeron a lo que Fidel Castro llamó proceso de “rectificación de errores y tendencias negativas” iniciado en 1986 inconcluso a causa de la crisis de 1989.

A pesar de que Cuba asumió Presidencia del Movimiento de Países No Alineados en 1979, ello coincidió con la invasión soviética de Afganistán de consecuencias negativas para su liderazgo. No obstante, la Habana siguió jugando un papel activo y progresista ofreciéndose para que Argentina, en una conferencia especial de cancilleres del MNOAL, pudiera explicar ante otros países el Tercer Mundo la justeza de su demanda soberana sobre las Islas Malvinas durante la guerra de 1982. Asimismo, la capital cubana se convirtió en la sede donde se celebraron conferencias de fuerzas políticas y sociales de izquierda sobre el problema de la deuda externa. Cuba contribuyó asimismo a poner fin a la crisis centroamericana sumándose a la activa diplomacia multilateral encabezada por el Grupo de Contadora. Tanto en el caso de Nicaragua como en el de Granada, el Gobierno cubano contribuyó a sus respectivos procesos con el ejercicio de una efectiva cooperación solidaria en materia de salud, educación, y otros.

En el plano cultural, comenzó una importante rectificación de la política cultural del Gobierno, quedando atrás el “quinquenio gris”. Un hecho artístico de creciente importancia fue la celebración en 1979 del I Festival del Nuevo Cine Latinoamericano que prontamente convirtió a la capital cubana en una de las citas más importantes de la intelectualidad del continente. Varios años después, en 1986, en el transcurso de la VII cita fílmica continental, un grupo de cineastas acordaron crear en Cuba la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, una Institución, en palabras de Gabriel García Márquez, “para trabajar en aras de la integración del cine regional, de lograr un universo audiovisual común y de cooperar en la lucha por rescatar y afianzar la identidad cultural de América Latina y el Caribe. Nuestro objetivo final es nada menos que lograr la integración del cine latinoamericano. Así de simple, y así de desmesurado.”

La situación en 1990 no podía ser más grave para la Revolución Cubana y las izquierdas latinoamericanas y caribeñas como ha señalado, entre otros, Emir Sader: “La imagen de la izquierda en el continente era, en 1990, la de mayor fragilidad desde que

esta surgió en el escenario político latinoamericano en las primeras décadas del siglo XX.” Fue en ese momento que el Partido del Trabajo de Brasil, con el apoyo cubano, promovió la fundación del Foro de Sao Paulo, espacio de concertación de las fuerzas políticas de izquierda en la región.

Una vez más, el tocó a Cuba tratar de mantener latentes las banderas de la emancipación nacional y la justicia social, pero en una de las coyunturas más difíciles y complejas. La década de 1990 al 2000 obligó a su pueblo y gobierno a adoptar políticas que tenían como objetivo central la “preservación de las conquistas de la Revolución,” lo cual se logró no sin introducir reformas que contrastaron con las políticas económicas de años anteriores bajo el rubro de “Período Especial”. Estados Unidos fortaleció sus medidas de bloqueo económico, comercial y financiero mediante las Leyes Torricelli en 1992 y Helms-Burton en 1996. Tanto la Administración de Bush como la de Clinton mantuvieron el objetivo del aislamiento de Cuba como una prioridad, excluyéndola del proceso de las Cumbres de las Américas, iniciado en Miami en 1994 y continuado en Santiago de Chile en 1997 y en Quebec en el 2000.

Para muchos tomadores de decisión y especialistas estadounidenses, era el “fin de la historia” en América Latina y el Caribe. El lanzamiento y las perspectivas del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) hacían prever una consolidación del dominio de Washington basado en tres pilares: libre comercio; democracia representativa; y surgimiento de un nuevo liderazgo regional conformado por mujeres y hombres “modernos” totalmente adaptados al proyecto neoliberal de política económica, los llamados “technopols”. Para algunos observadores los países y pueblos latinoamericanos y caribeños habían llegado a la conclusión que había una total “comunidad de intereses” con Estados Unidos.

Aunque Washington logró excluir a Cuba de todos los procesos negociadores regionales en los que participaba, particularmente las tres Cumbres de las Américas celebradas en el decenio – Miami (1994), Santiago de Chile (1997) y Quebec (2000) –, comenzaron a gestarse cambios significativos. Después del alejamiento provocado por la crisis granadina en 1983, el Gobierno cubano logró restaurar el nivel de sus vínculos con los pequeños Estados del Caribe insular mediante una inteligente y generosa política de cooperación que incluyó a Haití. En 1995, cuando se fundó la Asociación de Estados del Caribe, Cuba fue uno de los Estados fundadores a pesar de los esfuerzos del gobierno estadounidense porque se le excluyera. Asimismo, formó parte del proceso negociador que condujo al establecimiento de las Cumbres Iberoamericanas, iniciadas en Guadalajara en 1992, y de la Unión Europea con América Latina y el Caribe, iniciadas en Río de Janeiro en 1999. Por añadidura, la mayor parte de los países de la región normalizaron sus relaciones con La Habana.

Cuando se celebró la III Cumbre de las Américas en Quebec en el 2000 todo hacía indicar que las intenciones estadounidenses estaban a punto de ser logradas: se

acordó avanzar hacia el ALCA para instaurarla a principios del 2005; se adoptó la Carta Democrática Interamericana; se respaldaron los mecanismos de seguridad establecidos con el liderazgo e influencia de Washington. Nueve años después, en la Cumbre de Trinidad Tobago, la situación era bien distinta. Aunque nuevamente Cuba fue excluida, los temas del levantamiento del bloqueo y de la normalización de las relaciones con la Isla fueron priorizados por los países latinoamericanos y caribeños como de alta prioridad. Durante el cónclave el propio Presidente de Estados Unidos, Barack Obama, se vio obligado a reconocer el papel que jugaban los programas de cooperación cubana en materia de salud y de desastres naturales. Pocos meses después, en una Asamblea General de la OEA celebrada en San Pedro Sula, se repudiaba el acuerdo adoptado en 1962 que suspendía la participación del Gobierno cubano en dicha organización.

Lo que ha posibilitado este cambio radical es el arribo al poder en varios países de la región de fuerzas políticas de izquierda encabezadas por dirigentes de muy distinto origen pero que comparten en lo esencial la visión emancipadora inaugurada por la Revolución Cubana hace 50 años. Este proceso fue iniciado por Hugo Chávez, un ex militar, en Venezuela en 1998. Pero ha seguido con la elección de un dirigente indígena como Evo Morales en Bolivia, de un profesor universitario como Rafael Correa en Ecuador, de un dirigente obrero como Luiz Inacio Da Silva (Lula) en Brasil, un sacerdote como Fernando Lugo en Paraguay, de un ex líder guerrillero como Daniel Ortega en Nicaragua, por sólo mencionar algunos ejemplos. Los cambios actuales favorecen a las fuerzas políticas emancipadoras de las izquierdas y no están desvinculados de la crisis hegemónica que sufre Estados Unidos.

¿Cuáles son los rasgos característicos de la nueva situación en América Latina y el Caribe? Consciente del riesgo de toda generalización, habría que señalar los siguientes:

- Abandono del modelo neoliberal y búsqueda de alternativas en las que prima una concepción de justicia social y desarrollo sostenible.
- Búsqueda de mayores niveles de autonomía con respecto a los centros de poder económico y político mundial y particularmente Washington.
- Búsqueda de un modelo social que responda a las exigencias contemporáneas de mayor equidad, mayor participación y más democracia. Esta búsqueda se ha hecho bajo el lema de “socialismo del siglo XXI” en varios países
- Creciente influencia de las fuerzas políticas progresistas y populares tanto por su llegada al gobierno en Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua, como por su creciente influencia en Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, Paraguay, Guatemala y El Salvador.
- Intentos por diseñar una estructura regional propia de América Latina y el Caribe, al margen, pero no contradictoria con las instituciones existentes.
- Mayor activismo internacional en órganos de gobernanza global.

Ninguno de estos rasgos es ajeno al ejemplo y a la influencia de la Revolución Cubana.

Sin embargo, vale destacar, y este no es un elemento despreciable, ni los gobiernos revolucionarios han pretendido reproducir miméticamente el modelo cubano, ni Cuba ha recomendado su aplicación. La actitud del liderazgo revolucionario de la Isla ha sido la de que cada cual debe buscar su camino y que el cubano obedeció a sus propias condiciones que son irreproducibles.

El primer rasgo que se debe destacar para explicar la influencia de la Revolución Cubana entre las izquierdas de la región ha sido, sin duda alguna, la capacidad para enfrentar y resistir la embestida de Washington. Y debe decirse que no ha sido una embestida cualquiera. Desde hace cincuenta años Estados Unidos ha sido implacable en su política de “cambio de régimen” hacia Cuba, que además ha sido multiforme y abarcadora en el uso de todos los instrumentos posibles. De estos instrumentos el más persistente e importante ha sido el bloqueo económico, comercial y financiero que el pueblo cubano ha logrado resistir y superar a un inmenso costo.

Atilio Borón ha señalado la importancia de este fenómeno para América Latina y Caribe al destacar que Cuba demostró que “la revolución no es un sueño imposible ni la alucinación de revolucionarios trasnochados. Aun a noventa millas de los Estados Unidos, casi en las entrañas del monstruo, como dijera Martí, medio de siglo de historia demuestra la falacia de los determinismos geográficos o de los fatalismo pesimistas.”

Otro rasgo propio de la influencia de la Revolución Cubana fue la forma radical en que le dio solución a las principales cuestiones de equidad y justicia social, que han llevado al país no sólo a tener resultados en temas de salud y educación difíciles de alcanzar por sin cambiar las estructuras socio-económicas sino a “exportar asistencia médica” y proyectos efectivos de alfabetización como lo es el “Yo si puedo”.

Los logros en estos dos terrenos han tenido importantes efectos de “derrame”. El vigoroso desarrollo en materia de salud pública le ha permitido a Cuba incorporar de manera decisiva este sector en su política de cooperación internacional solidaria. En 1998 el gobierno cubano, ante la solicitud de ayuda de varios países centroamericanos y Haití, impactados brutalmente por los huracanes George y Mitch, creó el Programa Integral de Salud, mediante el cual extendió asistencia humanitaria a Nicaragua, Honduras, Guatemala y El Salvador, además de Belice, Haití y República Dominicana. Más tarde, en estrecha coordinación con el Gobierno de Venezuela, se estableció la Operación Milagro, por medio de la cual se han operado de cataratas gratuitamente más de un millón y medio de personas en varios países de la región.

Al propio tiempo el Gobierno Revolucionario cubano ha sido escrupuloso en el respeto por otros países y sus liderazgos.

Finalmente, habría que subrayar la originalidad y frescura de la Revolución. Éste es un rasgo que no sólo ha significado que las soluciones dadas han obedecido a fórmulas propias y no importadas, sino que la Revolución a “abierto el pensamiento” de las izquierdas, invitando a romper esquemas y crear utopías.

Unido a la “persistencia de la resistencia”, distintas generaciones de activistas y defensores de las izquierdas latinoamericanas han visto en Cuba más que un modelo, una inspiración para seguir luchando por el mundo mejor que es posible, según reclaman los que año tras año los que participan en el Foro Social Mundial.

Notas

- 1) Conferencia redactada para presentar en un Simposio sobre el 50 Aniversario de la Revolución Cubana a celebrarse en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de Kyoto de la Universidad de Estudios Extranjeros de Kyoto el 17 de diciembre de 2009.
- 2) Doctor en Ciencias Históricas; Profesor Titular, Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos de la Universidad de La Habana; Académico Titular, Academia de Ciencias de Cuba.

